

CRISIS CULTURAL EN CENTROAMERICA

Carmen Naranjo

La cultura es el principal problema de Centroamérica.

Esa afirmación es tan válida, como apasionado es cualquier enfoque que se formule sobre la vida cultural de un país.

Cultura es pasión y quién lo niega está negando el poderío de la acción que se desprende hecho de consagrar toda la fuerza creativa al sustento del patrimonio cultural de un pueblo.

Como es pasión encuentra pasión a su alrededor. Un punto de vista crítico sobre cultura, encontrará naturalmente enfoques diferentes, también apasionados y eso es en esencia sano y constructivo. Aplaudo desde ya las voces contrarias a mi enfoque, porque si parten del deseo de afirmar nuestra cultura para hacerla crecer, estamos frente a un camino que podemos caminar de manera paralela, ya sea en silencio o ya sea discutiendo a grandes voces, pero en todo ayudando mutuamente al país.

No ordeno estas ideas pensando en determinado gobierno. Es ridículo entrar a una crítica de nuestra cultura, con la medida de pocos años. Además, no ha habido un solo gobierno, por lo menos en Costa Rica que defina una política cultural. Un grupo de personas a lo largo de su desarrollo histórico, han realizado acciones culturales, algunas trascendentes, otras de tipo vistoso y temporal. El hecho de que exista una entidad con rango de Ministerio, no significa que sea palpable la existencia de una política cultural.

En cultura no puede existir oficialismo. La cultura la genera un pueblo y es de ese pueblo. Sin embargo sí puede y debe cada Gobierno estimular la concientización de esa cultura y procurar por todos los medios su extensión nacional y su enriquecimiento.

Los planes nacionales de desarrollo deben antecederse por la declaración expresa de todo lo que busca el país en el campo cultural, si esos planes quieren producir bienestar y riqueza general así como incorporar a las poblaciones a un mejor nivel de vida.

Nada está más vinculado que la cultura al esfuerzo del desarrollo, porque es su capital básico y esencial. Hemos visto que muchas obras de infraestructura, en que se emplearon enormes recursos humanos y económicos, no llenan sus funciones ni alienan el bienestar, porque la condición cultural de la población no se tuvo en cuenta. También hemos visto transformar en corto tiempo programas de vivienda en programas de tugurios, porque los habitantes no fueron preparados culturalmente para las nuevas viviendas o porque su construcción no consideró los hábitos y forma de vida de su habitantes.

Cultura como el prioritario y más agudo problema de Centroamérica, carece de política gubernamentales, y carece comúnmente de lugar prioritario en los análisis críticos que se hacen de los países.

Es necesario desencadenar una conciencia reflexiva para que sigamos luchando por poner parches o remiendos sobre los efectos, sin encontrar jamás las causas. Esa tendencia lleva al aniquilamiento y no propicia una vía válida de encuentro de nuestros verdaderos problemas y por lo tanto aleja más las necesarias soluciones.

Todos palpamos las crisis que viven los países: crisis educativa, crisis institucional, crisis social, crisis económica, crisis moral.

Analicemos someramente esas crisis y encontraremos en cada una de ellas sus causas de orden cultural.

Quizás antes pensamos qué es cultura. Entendemos por cultura todo aquello que se sedimenta en el patrimonio de un pueblo, para convertirse en medio de expresión, de tradición comunitaria, de identificación nacional, de creencia general, y de creación popular o individual. Es decir, cultura suma aspectos tan importantes para el pueblo como el lenguaje, las costumbres, las características residuales que identifican en alguna forma, la fe básica que trasciende la realidad y la riqueza creativa que aumenta su patrimonio.

Y, ¿qué sucede con nuestra crisis moral o crisis de valores? simplemente hemos divorciado el decir del hacer, o sea hemos desconectado la correspondencia que debe existir entre la palabra y la acción. El centroamericano desde el punto de vista religioso, desde el punto de vista ético, desde el punto de vista político, ha encontrado dos caminos que no coinciden: las opiniones brotan como si todos fuéramos aspirantes a locutores, pero las actitudes nunca concuerdan con esas locuciones. El uso y el abuso del lenguaje, siempre limitan la expresión. No nos creemos porque

hemos perdido la validez del lenguaje. Las palabras nos llegan en un sonido inexpressivo que no comunica, ni inspira, ni demuestra el concepto que desea transmitir.

Una cultura sin lenguaje válido es una cultura en decadencia porque desconfía de los valores verbales y escritos, aún de lo plástico. La vida se nos ha ido enredando en una escena en que somos actores, con dos caras y dos lenguajes, usados frente al público en una forma y realizados con la práctica en otra muy diferente. Nos vestimos de una apariencia sin relación alguna con nuestra realidad. Esa farsa es tan corriente, que ya nadie cree en nadie ni en nada. Esa falta de credulidad no implica un juicio crítico ni valorativo, es más bien un conformismo ante lo irremediable. La cultura centroamericana, si quiere prosperar y crecer en fuerza habilitadora y creativa para nuestro pueblo, Necesita con urgencia un lenguaje legítimo, sincero, sencillo, que erradique espejismos de recetas y de promesas, que ni curan ni se realizan.

Los centroamericanos debemos esforzarnos por devolver al lenguaje su plenitud de elemento comunicante, que supere la hipocresía actual y restituya los valores que están en crisis y casi por desaparecer.

El esfuerzo es grande porque los más influyentes en la vida pública juegan con las palabras. Y todo lenguaje requiere el respaldo de la actitud real, toda palabra necesita la columna vertebral de la verdad y toda expresión debe vincularse a una acción decisiva en favor de su concreción.

Día con día se hace más evidente que sólo una étiqueta austera y responsable en actos, sólo una sinceridad plasmada en hechos, pueden enriquecer y reafirmar el lenguaje para que impere en nuestros países los valores fundamentales que dignifiquen al centroamericano material y espiritualmente.

Frente a esta crisis, se mueve otra de carácter político.

La crisis política muestra varias vertientes en países como los nuestros. Por un lado, somos naciones en busca de su propio desarrollo. sin embargo, bien poco hacemos por apoyar la cultura que anime el desarrollo social e individual, que fortalezca el deseo de mejorar, que fomente la solidaridad entre las personas y que promueva la creatividad en un apetito de empeños, que a su vez inciten a encontrar las más acertadas realizaciones.

Nuestros gobiernos, quiéranlo o no, porque no les gusta el estilo, han sido plenamente paternalistas. Diseñan soluciones

para atender necesidades urgentes, con olvido de enseñar y estimular cómo pueden los diferentes grupos resolver por sí mismos esas necesidades. Así vemos que protegidos parcial y regionalmente siempre se muestran algunos sectores de concentración en que se enfatiza la obra pública y otros en que enseña el más absoluto abandono. Los grupos dotados y los carentes de protección esperan de los Gobiernos todo el suministro de servicios, porque desconocen el camino, su propia iniciativa, en que se combine esfuerzo y creatividad, salvo el que realizan para presionar la atención y la obra de los Gobiernos.

El subdesarrollo produce también gobiernos subdesarrollados, que prefieren un fermento lento, engañosamente tranquilo, en que un abierto despertar de necesidades, exigencias e iniciativas, en que puedan perder su desempeño protagónico de bienhechor. En el subdesarrollo una democracia como la nuestra, resulta en buena parte un sistema de autodefensa gubernamental y partidista, que contabiliza concesiones y favores, no en un diálogo que dé representación al pueblo, sino en un reparto de bienes que puede favorecer a grupos según las inquietudes y preferencias de los gobernantes.

Nuestra cultura democrática se ha ido también desgastando, sin esfuerzo de renovación. Ya no se cree en la crítica de un partido político, cuando alternativamente están en el poder o en la llanura, porque en la crítica no existe la buena fe de un análisis objetivo, o el examen sereno de una actuación que oriente mejor sus propósitos o la revisión bien intencionada y profunda que requieren los países. Se trata únicamente de halar agua al propio molino, con una medida exagerada y negativa que capitaliza sólo desaciertos. Los que se defienden usan medidas semejantes y sólo señalan los aciertos. Todo esto pareciera que vivimos en países en que es imposible equivocarse, en donde la única forma de sobrevivir políticamente es monopolizar la inteligencia con el lenguaje falso y falseador.

Y la crisis política, en sus aspectos culturales, no termina con los espectáculos que nos divierten superficialmente. Ha entrado al campo institucional. Tenemos un conjunto de leyes, que no se respetan y el más hábil es el que descubre los portillos necesarios para hacerlas inoperantes. Tenemos una casi galaxia de instituciones, vueltas de espalda a las necesidades del pueblo, burocratizadas, carcomidas por sus propios problemas de organización y de administración de personal. Instituciones encerradas en su propio lenguaje artificial y técnico, que sólo abren sus puertas cuando algún grupo de presión fuertemente

les exige una respuesta. Instituciones llenas de comodidades y lujos como una afrenta a la creciente pobreza de los países. La cultura interna institucional es la de ampliar facilidades para su trabajo técnico, pero ese tecnicismo beneficia a muy pocos y no tiene a veces significado dentro de los problemas generales de los países.

Los signos visibles que se notan de todo esto, son dignos del mejor teatro del absurdo: economías nacionales en crisis porque no soporta el creciente gasto público, ministerios de hacienda que se ven obligados a imponer restricciones para evitar el exceso en el resto de la administración pública que voluntaria y racionalmente no atiende ese principal aspecto de la hacienda pública, una idea general de que el patrimonio estatal está a las órdenes de los caprichos y pretensiones de los gobernantes del momento, con un valor a las influencias y palancas que tienen los relacionados con esos gobernantes, una falta de definición política en todos los campos, porque el ideario existente es medio atender los asuntos de ayer y los de hoy que esperen un rato. Así tenemos las administraciones improvisadas que se ponen a prueba en la atención de emergencias, a veces haciéndolas más grandes, porque son muchas las demandas urgentes que se han ido escondiendo del pasado y no hay ni siquiera idea de previsión para las de hoy y las de mañana.

Los pueblos observan y aprenden. Su cultura política acumula eso de "por dicha no es conmigo", pues se van volviendo indiferentes, pasivos, frustrados hasta que algún día la indignación los despierte despejados y exigentes. Ese día nos enseñaran la cultura política que le hemos ido imponiendo, frente a las que tenían de confianza y de plena fe, por lo menos, en su propio esfuerzo.

Junto a esta cadena de crisis esta la educativa.

La educación válida y creadora, aún el nivel más elemental, al del dominio inicial de los instrumentos básicos para la apertura del conocimiento, siempre propicia la invitación a la habilidad para establecer el diálogo comunicante en que se descubre la cultura y se afirma. Es la educación habil para pensar, para crear y para contribuir, pues se apoya responsablemente en la necesidad de ser útil y servir. La cultura, dentro de esa educación continua y de formación permanente, resulta un sedimento de descubrimientos y de redescubrimientos, que da un estilo de vida austero como a la otrora usanza en estos países.

Pero hace muchos años hemos venido aislando a nuestros pueblos de su vida cultural, mediante la técnica más fácil: el menosprecio de su creatividad.

Eso, una explicación cultural, es la única válida para explicar el desbalance constante y creciente que tenemos entre lo que mucho consumimos y lo poco que producimos. Así no hay dinero que alcance, no hay economía que resista, no hay moneda nacional que se establezca. Actualmente somos consumidores. Culturalmente nos han enseñado la obediencia a lo que se repite con sonidos, imágenes y palabras de propaganda. Nos han destrozado la cultura del ahorro, de la modestia, de la solidaridad, del trabajo honesto y satisfactorio en cuanto a su relación como realización humana.

Esta serie de crisis, profundamente peligrosas, se deben al hecho de que hemos desprendido el mejoramiento social y económico de un mejoramiento cultural. Por eso tenemos en el presente: ahondamiento de las brechas entre minorías favorecidas y mayorías marginales; el estado de verdadera miseria crece y agrava la realidad nacional; aumento de la violencia y del prejuiciado radicalismo; continuo vaivén en los modelos de desarrollo, con el resultado de que siempre resultan en beneficio de unos pocos.

Estamos en una época en que el milagro de la urbanización masiva, en las peores condiciones, sin sus servicios básicos, con viviendas improvisadas, lo han hecho la miseria. La miseria de las zonas rurales se traslada a la miseria urbana y en un tiempo récord, levanta casas y organiza calles.

Quizá esa fuerza potencial y creadora, unida a la atención oportuna y adecuada de las necesidades, podría tener un mejor destino. Pero lamentablemente seguimos magnificando las obras físicas, sin situarlas en su verdadero desempeño: son simples medios de desarrollo, no fines en sí. Se requiere que exista detrás de las obras un pueblo capaz y hábil que utilice esos medios y los aproveche al máximo. El provecho óptimo lo logra la cultura, porque cultura da el potencial para el manejo de instalaciones como medios de incorporación integral.

En materia de cultura lamentablemente hemos jugado a la casita. Un poco de adorno por aquí y por allá, un poco de reconocimiento para aquellos y aquellos otros, un tanto de apoyo para tal actividad y un tanto menos para otras, un interés en determinadas artes y oficios y un espérese a que haya más oportunidad de reparto para las otras, un algo de miedo a esa voz plena y libre que entrega completa su vida a la creación cultural.

Pero, en los puntos básicos y necesarios no ha habido verdadero y decidido aliento.

Por ejemplo, la cultura costarricense nos ha dado hermosísimas cosas y múltiples valores. Nos dio un hombre trabajador y básicamente honesto, que anhela la restitución de ese reconocimiento tan nuestro y tan negado hoy: "al toro por los cuernos, al hombre por la palabra". Pero esa cultura está gravemente herida y está perdiendo la orientación de su brújula. Sin embargo, la cultura está eternamente dispuesta a ser fecundada. En el campo la fecundidad es una semilla que puede transformarse en árbol y la trajo el viento, un caminante, un labrador o la lluvia. En cultura se siembra también se fertiliza, se estimula, se afirma, se cuida y se defiende. Las semillas son el dominio del libro, el aprendizaje de la música, la comprensión del arte, la adquisición de habilidades, la afirmación de los valores humanos, la ampliación de horizontes, la introducción de mejoras en el hogar y en la comunidad, el ejercicio de pensar, el aprender a hacer y a enseñar lo que se sabe. Las semillas crecen y al crecer van creando esa cultura que sobresale y es misión voluntaria, integrada a la misma razón de ser.

Los individuos que desean ser creadores, saben realizarse aún en los medios más hostiles. Ellos se contraponen a esos individuos que se masifican en una mediocridad, que es tan fácil como irresponsable, pues sólo calca modelos y vive según los modelos que calca. Los pueblos que desean crear, también logran seguir su camino creativo, pese a todas las dificultades. El centroamericano crea, inventa, imagina, trabaja, siembra, produce, piensa y aprende, pese a todo lo que erosiona su vida cultural. Ese Centroamericano culto, obrero o campesino, joven o viejo, maestro o poeta, intelectual o artesano, ha venido manteniendo tradiciones y valores. No es posible dejarlo solo, mientras un alud de negociaciones le amenaza con caer encima. Es necesario apoyarlo, sustentarlo, darle el lugar que merece y seguir su ejemplo. Ese Centroamericano trabajador y creador debe ser la imagen viva del país y no del político de turno. A él hay que servirle y ayudarle, para que su cultura prevalesca, se aumente y nos enriquezca a todos.

Dicen que cada análisis debe contener por lo menos un esbozo de solución. Dicen también que en la solución está presente el qué, el quién, el cómo y el cuándo.

El qué está representado en cultura por todos los instrumentos válidos en la creación, fruto de una educación habilitante, de una práctica y de una experimentación absolutamente libres. El qué es tan amplio como la realidad y la irrealidad, siempre que se llene esa hambre de cultura que tiene nuestro pueblo. El qué combina acciones, incluso las inventa. El qué instrumenta un caudal infinito de posibilidades. El que está siempre abierto al encuentro de las verdaderas necesidades que plantea el pueblo de manera espontánea y genuina.

En el quién estamos todos los centroamericanos. Nadie puede ser ajeno al apoyo que requiere la cultura. Cada uno debe contribuir de acuerdo con sus posibilidades. Cada uno está obligado a enseñar y a aprender. En la medida en que un centroamericano evada esa responsabilidad, restará fuerza a nuestra cultura.

El cómo es motivo de voluntad, de querer hacer, también objeto de aprendizaje, aun cuando representa una apertura increíble a la invención, pues cada campo requiere su ambiente y su método más apropiados. Precisamente el haber considerado sólo técnicas tradicionales en el aprendizaje, ha limitado sus alcances.

El cuándo no tiene tiempo ni barreras de circunstancias. Para que el patrimonio cultural sea ampliamente compartido, vigorosamente enriquecido y debidamente comprendido, la educación debe convertirse en un movimiento nacional en que todos participemos responsablemente y ofrecer múltiples oportunidades a niños y adultos, dentro de cursos escolares y dentro de cualquier otro tipo de enseñanza libre y abierta, con el fin de que las mayorías desarrollen su capacidad de trabajar, de crear y de apreciar.

La cultura ofrece un cambio oportuno, gradual, incansablemente incorporador, que puede negarse o retrasarse. Es cierto que trae consigo el reclamo inmediato de la injusticia y la exigencia de la reivindicación, pero también es cierto que los trae con una conciencia lúcida del devenir histórico y del equilibrio que requiere un país para lograr su incorporación social. La cultura da ese equilibrio liberador.

Los pueblos están cansados de promesas que no se cumplen y de los engaños. Hay una verdad que no se puede dejar de mencionar, como epílogo para quien quiere tenerlo en cuenta. En poesía está expresada maravillosamente por León Felipe. Oigamos, para finalizar estos comentarios, su poema:

•
"Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto
y he visto que la cura del hombre
la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre
los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre
lo taponean con cuentos,
que los huesos del hombre
los entierran con cuentos
y que el miedo del hombre
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
pero me han dormido
con todos los cuentos
y sé todos los cuentos."